

do su cumplimiento este año en varios de nuestros amigos y compañeros queridos, que alegraron un tiempo nuestra esperanza con la suya, porque esperaban lo mismo que nosotros, y con nosotros participaban de esta misma verdad y vida. José Antonio García de Cortázar, Germán Alvarez de Sotomayor, Javier Bocanegra, Sebastián Mariner, Joaquín García de la Coucha, Luis Vitoria y Manuel Gómez nos alegran hoy con el triunfo que esperamos hayan logrado; y por ellos ofrecemos este sacrificio de perdón, por si lo necesitaran, y de acción de gracias por el premio que hayan conseguido.

En fin, animados de este espíritu de adviento siga el Señor alentando nuestra ilusión, conserve nuestra unanimidad e inspire nuestro quehacer, «para procurar su gloria, el bien de las almas y nuestra propia santificación»; como le pedimos en nuestras reuniones ordinarias, instaurando el reinado de Cristo en la sociedad humana, y construyendo piedra a piedra la Ciudad Católica.

EL PODER DIVINO-HUMANO

Extracto de la Homilía del Rvdo. P. MANUEL MARTÍNEZ CANO en la Misa del lunes 5 de diciembre de 1988.

El poder de la oración.

Queridos amigos y hermanos míos en los purísimos Corazones de Jesús y María: al recibir el programa de esta XXVII Reunión de amigos de la Ciudad Católica, cuyo tema central es el poder, instantáneamente pensé que si se me ofrecía la oportunidad de dirigiros la palabra, también yo os hablaría del Poder, del poder divino-humano de la oración, del poder de esa fuerza sobrenatural originaria de toda vida de perfección cristiana, de toda vida de santidad.

Y aquí me tenéis dispuesto a animaros a una vida de oración que colme los anhelos de vuestras almas. Si no lo consigo, si no consigo despertar vuestro interés para que intensifiquéis y perfeccionéis la vida de oración, que bien sé yo que practicáis, perderíamos una ocasión preciosa de asentar el primer fundamento de nuestro ideal, que es el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo. Y Dios Nuestro Señor nos pedirá a todos buena cuenta de ello.

El poder de la oración no es otro que el mismo poder divino, porque así lo quiso Dios Nuestro Señor: «Todo cuanto pidáis con fe en la oración, lo recibiréis». Efectivamente, San Juan Crisóstomo enseñaba que: «No hay hombre más poderoso en el mundo que el que reza».

«Conozco a uno —decía San Juan María Vianney— que es

más fuerte que Dios; es el hombre que reza. Este hace decir sí a Dios cuando ha dicho que no». De acuerdo, desde ahora mismo acepto todas las puntualizaciones y matices que los teólogos puedan poner a la sentencia del santo, pero con el Santo Cura de Ars y con San Agustín de Hipona os vuelvo a repetir que «Dios gobierna al mundo, pero la oración gobierna a Dios». Cuántas veces lo experimentó vitalmente la patrona de las misiones, Santa Teresa del Niño Jesús: «¡Cuán grande es el poder de la oración! Diríase que es como una Reina que tiene libre entrada a la cámara del Rey y alcanza cuanto pide».

Un ejemplo entre mil nos confirma la doctrina de los santos. La ciudad de Asís se hallaba en grave peligro por el asedio de Vital de Avesta. La rendición se creía inminente. Pero en Asís había un monasterio, y en el monasterio, Clara, «la Cristiana», como la llamaba San Francisco de Asís. Enterada del peligro, Santa Clara reúne a sus hermanos y les dice: «Hemos recibido muchos bienes de esta ciudad. Debemos rogar a Dios que la guarde». Era de madrugada; Santa Clara se quitó el velo y las monjas imitaron su gesto. Después tomó ceniza, cubrió su cabeza y la fue imponiendo sobre cada una de sus hijas, y les mandó que fuesen a la capilla a hacer oración. Nadie preguntó hasta cuándo. Al día siguiente, los ciudadanos de Asís contemplaron estupefactos la huida del ejército de Vital de Avesta. Sin que nadie les atacara, huían en desorden como si fuesen víctimas de la peor derrota. Clara, «la Cristiana», Santa Clara y sus monjas derrotaron a los ejércitos que sitiaban la ciudad de los santos. No se fundamentaba en futuribles, pues, nuestro Donoso Cortés, cuando afirmaba que «más hacen por el mundo los que oran que los combatientes en el campo de batalla y, si el mundo va de mal en peor, es porque se confía más en las batallas que en las oraciones».

Otro hecho prodigioso del año pasado nos confirma hoy en lo que dicen los santos. Nos lo cuenta la gran soprano Montserrat Caballé que, después de declarar que nació en un barrio de Barcelona, «ciudad a la que amo, Barcelona es parte de Cataluña, región a la que adoro y que forma parte de España, que es mi Patria», dio testimonio público de su fe manifestando valientemente que es una mujer cristiana de profunda oración en su vida cotidiana. A la pregunta del periodista: «¿Ha habido algún momento especial en su vida en que haya acudido a Dios? Contestó: «Sí, a El a la Virgen, cuando mi hijo se estaba muriendo. Estábamos mi esposo y yo en un recogimiento muy grande; los médicos, por la tarde, nos dijeron que no llegaría a la mañana siguiente; el chico estaba en coma. Nos pusimos a rezar mucho más. Esto ocurrió a las doce de la noche. Hacia las cuatro o las cinco mi marido vio moverse la mano del niño. Después la volvió a mover y llamamos corriendo al médico, porque volvía del coma.

Antes de las seis de la mañana, mi hijo movió la cabeza y dijo: "Mamá". Mi esposo y yo caímos de rodillas, rezando, porque era un milagro. Los médicos también lo dijeron; no entienden por qué se salvó. Además, hubiera tenido que quedar muy grave en caso de salvarse; en cambio, mi hijo es hoy un chico estupendo».

Y calentito todavía tenemos un ejemplo del extraordinario poder de la oración. Para mí no hay lugar a la duda: el ejército de las almas contemplativas de nuestra patria, tierra de María Santísima, ha derrotado en toda línea al ejército materialista y antiteo del socialismo internacional, «el más mortal enemigo de la vida cristiana», según Benedicto XV. La Inmaculada ha triturado, una vez más, a la descendencia de la bestia infernal. ¡Vitor, vitor, vitor! a la Inmaculada gritarán con más fuerza este año en Horcajo de Santiago: ¡Vitor! ¡Viva la Inmaculada Concepción de María Santísima!

Lo enseñan los santos y la historia lo confirma: «¡Ah! La oración y el sacrificio constituyen toda mi fuerza, son mis armas invencibles» (Santa Teresita del Niño Jesús). No hay otro secreto: «La oración es la llave maravillosa que nos abre todas las puertas del cielo» (San Agustín). «Cuando los demonios divisan en nosotros las armas de la oración se dan a huir con tanta precipitación, como ladrones sorprendidos que ven la espada levantada sobre la cabeza» (San Juan Crisóstomo). «Creo que para remediar todas nuestras necesidades es necesario llegar a vivir una oración ininterrumpida y amar mucho; ¡es tan grande el poder de un alma entregada al amor!» (Beata Isabel de la Santísima Trinidad).

Entreguémonos a la oración, al amor. No; ni la técnica, ni la ciencia, ni la tecnocracia van a resolver el problema fundamental del hombre y de los pueblos. Los cristianos debemos usar como nadie todo aquello que la ciencia y la cultura aporten a la civilización de los pueblos, pero un hijo de Dios lo que mejor debe usar en esta vida es el arte del diálogo amoroso con Dios Padre y la Santísima Virgen.

Hermanos míos, vivamos como hijos de Dios, intensifiquemos nuestra vida sobrenatural, cumplamos fielmente las consignas y consejos de Su Santidad Juan Pablo II, felizmente reinante: «Permaneced fieles a esas fases fundamentales de nuestra vida religiosa y esforzaos constantemente en sostenerla por medio de la oración, la cual sabéis bien que es una necesidad absoluta, que toda vuestra vida se transforme en oración para realzar la unión entre la contemplación y el apostolado».

Necesidad de la oración.

Acabamos de escuchar lo que nos ha dicho el Papa recientemente: la oración es una necesidad absoluta para el hombre. El

Papa no hace más que repetir lo que siempre ha enseñado la tradición de la Iglesia y la experiencia vital de los santos. San Juan Crisóstomo decía que: «Así como el cuerpo no puede vivir sin el alma, de la misma manera el alma sin oración está muerta y corrompida». Y Santa Teresa afirmaba: «Dejar el alma la oración es meterse ella misma en el infierno, sin necesidad de demonios... Sabe el demonio que el alma que hace oración con perseverancia está perdida para él». Por eso, San Alfonso M.^o de Ligorio sentencia: «El que ora, se salva, y el que no, se condena».

Por su parte, San Juan de Avila enseñaba que: «Tanto tiene un alma de buena cuanto tiene de oración». Y la razón es bien sencilla, pues la oración es la unión con Dios, y Dios es la Suma Bondad, que se comunica y derrama en la oración. «La oración es el canal por donde vienen todas las gracias al alma» (San José de Calasanz).

Si queremos ser hombres y mujeres virtuosos, si queremos vivir en unión con Dios, debemos intensificar nuestra vida de oración, porque «sin la oración no podemos estar unidos a Dios, porque es tan necesaria al hombre interior como el alimento corporal al exterior» (San José de Calasanz). «Yo no desearía otra oración sino la que me hiciese crecer en virtudes» (Santa Teresa). Porque, «cuando el espíritu de oración penetra en el alma, todas las virtudes penetran al mismo tiempo» (San Agustín).

Todas las escuelas de espiritualidad están de acuerdo en proclamar la necesidad absoluta de la oración para alcanzar la santidad. Porque aunque es cierto que la oración no es en sí misma la santidad, pues la santidad es el amor, sin embargo también es verdad que la oración es la fragua donde se enciende y forja la caridad que abraza al alma en el amor más puro a Dios y al prójimo. Nada puede suplir a la vida de oración, ni tan siquiera la recepción diaria de los sacramentos. Indiscutiblemente: «La oración es el único camino para adquirir la ciencia de los santos» (San Agustín).

La oración es la omnipotencia del hombre y la debilidad de Dios. Por tanto, solo los santos, solo los hombres y mujeres de oración, solo los contemplativos en la acción trabajan eficazmente por la nueva civilización del amor, por la Ciudad Católica que todos queremos. No lo olvidemos: sin oración no hay evangelización, y sin evangelización no hay Ciudad de Dios. Lo ha dicho Su Santidad Juan Pablo II: para la evangelización del mundo, «en el orden de valores y medios ocupa el primer puesto la oración y la ofrenda de nuestros sacrificios». Pío XI había dado la razón de ello: «Fácilmente se comprende que contribuyen mucho más al incremento de la Iglesia y a la salvación del género humano los que asiduamente cumplen su oficio de orar y

mortificarse, que los que con sudores y fatigas cultivan el campo del Señor; pues si aquéllos no atrajesen del cielo la abundancia de las divinas gracias para regar el campo, más escasos serían, ciertamente, los frutos de los operarios evangélicos».

Vamos a pedirle a la Virgen Santísima el don de la oración, «porque el que posee el don de la oración posee todos los dones; el que tiene la ciencia de la plegaria tiene la ciencia de Dios» (San Pedro Julián). «Porque no nos queda en todas nuestras necesidades y dificultades otro medio mejor y más seguro que la oración y esperanza, que El proveerá los medios que El quiere» (San Juan de la Cruz).

La oración del Santo Rosario.

La oración predilecta de la Virgen Santísima es el Santo Rosario. Por eso en sus apariciones pide a sus hijos que lo recemos por la paz del mundo. Sin embargo, el Rosario es hoy la oración más atacada y ridiculizada. Para animarnos a rezar diariamente el Rosario voy a transcribiros lo que dicen los Vicarios de Cristo nuestro Señor:

«Solo Dios conoce los tiempos y los momentos. Por lo que respecta a nosotros, velemos y oremos en la esperanza, con la Virgen Madre de Dios, que no cesa de velar por la Iglesia de su Hijo al igual que velaba por los Apóstoles».

«María reza unida a nosotros, como rogaba unida a los Apóstoles. Esta oración se llama rosario. Y es nuestra oración predilecta, como decían los pastorcitos».

«El rosario es y será siempre una oración de agradecimiento, de amor, de súplica confiada: ¡la oración de la Madre de la Iglesia!».

«Haced que el rosario sea la dulce cadena que os una a Dios por medio de María».

«Vengo en peregrinación a Fátima, como la mayoría de vosotros, queridos peregrinos, con el rosario en la mano, el nombre de María en los labios y el cántico de la misericordia de Dios en el corazón».

«Una oración muy sencilla, el rosario, ese rosario que puede tranquilamente desgranarse al ritmo de nuestras jornadas. El rosario lentamente rezado y meditado, en familia, en comunidad, individualmente, os hará entrar poco a poco en los sentimientos de Cristo y de su Madre, evocando todos los acontecimientos que son la clave de nuestra salvación».

«Recemos el rosario mucho y con frecuencia. Con eso haremos muy poco, pero, sin embargo, lo haremos todo» (Juan Pablo II).

En esta batalla decisiva, los españoles somos elementos importantísimos, porque es en nuestra Patria donde Satanás está desatando todos sus odios contra los hijos de la Inmaculada, porque ha sido en nuestra Patria donde la Virgen Santísima de Fátima se apareció (Pontevedra), pidiendo a sus hijos la práctica devota de los Primeros Sábados para reparar los pecados que se cometen contra su Inmaculado Corazón; y en Túy donde prometió que Rusia se convertirá si se reza devota y constantemente el Santo Rosario. La Virgen dijo a San Anonio Maria Claret: «En el Rosario está cifrada la salvación de tu Patria». Vamos a salvar a nuestra Patria: pero para que España entera pueda saborear el triunfo, media España tiene que estar de rodillas... rezando el Santo Rosario. ¡Ha llegado la hora de salvar a España, al mundo hispano y al mundo entero! ¡Ha llegado la hora de ser todos apóstoles del Rosario!

M. MARTÍNEZ CANO

TEOLOGIA DEL PODER (PALABRAS EN EL ACTO LITÚRGICO FINAL).

POR EL

R. P. VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P.

Al llegar, Señor, al final de estas jornadas de reflexión sobre el poder, queremos hacer un examen breve, pero en profundidad, sobre el poder que tenemos y el poder que padecemos, sobre el poder que ejercemos o descuidamos.

1.—*Sabemos, Señor, que todo el poder viene de Ti (Jn. 19, 11), Dios todopoderoso, y te damos gracias por hacernos partícipes de él para vivir, movernos y existir (Act. 17, 28).*

2.—*Sabemos que a los creyentes nos has dado poder llegar a ser hijos de Dios (Jn. 1, 12) y tenemos conciencia, como Santiago y San Juan, de que «podemos» compartir contigo el cáliz de la redención (Mc. 10, 39).*

3.—*En primera y última instancia y siempre es firme el poder de nuestra esperanza teológica, anclada en la omnipotencia misericordiosa de Dios y en la intercesión de nuestra Madre, «Mater spei», «Virgo potens», «Auxilium christianorum». Nuestro optimismo no es de facilidades, sino de obstáculos superables: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp. 4, 13).*

4.—*Sabemos que nuestro espíritu y nuestras facultades, vigorizadas por la gracia y las virtudes, son nuestro principal poder, y a él se ordenan, en el plan de Dios, los poderes sociales y po-*